

CALLE DE LA COMPAÑÍA

EN ESTA CALLE VIVIERON EL PRESIDENTE MANUEL BULNES, FUE HOGAR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS PARA SUS LABORES RELIGIOSAS Y HOY GUARDA UNA PARTE IMPORTANTE DE LA HISTORIA DEL SIGLO XIX.

Por Sergio Martínez Baeza

Los jesuitas llegaron a Santiago en 1593. Eran seis padres de la prestigiosa Compañía de Jesús y dos hermanos coadjutores. Se hospedaron un tiempo en el Convento de Santo Domingo, pero pronto supieron mover la generosidad del vecindario y, antes de un año, eran dueños de dos cétricos solares, en el sitio que hoy ocupa el edificio y jardines del Congreso Nacional, en la mitad sur de la manzana comprendida entre las calles Bandera, Catedral, Morandé y Compañía.

En ese sitio, los padres de la Compañía de Jesús construyeron una modesta capilla. En 1620 recibieron en donación del capitán López de la Peña y del maestro de campo don Martín Ruiz de Gamboa, los terrenos de la mitad norte del terreno, lo que les permitió construir una magnífica casa, un colegio de primera clase y un suntuoso templo: la Iglesia de la Compañía, bautizada así por el pueblo.

La vida de este templo terminó en 1647, en que fue arrasado por el terremoto del 13 de mayo. Su reconstrucción duró treinta años. Se le hizo una gran torre delantera, que llevó el primer reloj público que hubo en la ciudad. Casi un siglo más tarde, el terremoto del 8 de julio de 1730 dañó seriamente a la iglesia, que tuvo que ser reforzada con la construcción de murallas transversales, dando como resultado una serie de capillas laterales que llamaban al recogimiento.

Enfrente de la iglesia quedó un espacio que pasó a ser conocido como “Plazuela de la Compañía”, rodeada de los importantes edificios de la Real Aduana, del Tribunal del Consulado y del Teatro. Más tarde, también estuvo allí la Biblioteca Nacional y, delante de ella, la estatua de don Andrés Bello, hoy en la Alameda.

La acción religiosa de los padres de la Compañía fue intensa. También, en el aspecto educacional, los jesuitas desarrollaron una tarea notable. A poco de su llegada, ya tenían una Cofradía de niños para la enseñanza de la doctrina cristiana y abrieron cursos de gramática y filosofía. En el siglo XVII fundaron el Convictorio de San Francisco Javier, especie de colegio secundario, y un noviciado en la Cañada abajo, que recibió el nombre de San Francisco de Borja. En el aspecto material, la Compañía acumuló enormes riquezas en propiedades urbanas y rurales, que fueron la causa de su expulsión, y dieron gran impulso a la industria, a la agricultura y al comercio.

Al producirse la expulsión de la Orden en 1767, por bula papal y rescripto real, la iglesia de la Compañía quedó un tiempo abandonada; sirvió luego, provisoriamente, de Iglesia Catedral, desde 1769

y hasta 1775; y el Colegio Mayor de San Miguel Arcángel pasó a llamarse Real Convictorio Carolino. El resto del edificio fue utilizado para diversos fines. Un tiempo funcionó allí la Real Casa de Moneda, el Cuerpo de Dragones se instaló en uno de sus patios, y la Junta de Temporalidades del Reino, que pasó a ocuparse de la liquidación de los demás bienes del cuantioso patrimonio de la Orden. En los primeros años del siglo XIX fue capellán de la iglesia el clérigo don Manuel Vicuña, que más tarde sería Arzobispo de Santiago.

El 8 de diciembre de 1863, durante la celebración de un oficio nocturno que ponía término al Mes de María, una llama inflamó los velos que cubrían un altar y, a pesar de los esfuerzos que se hicieron para extinguir el fuego, éste se propagó rápidamente, dejando aprisionadas en el interior del templo a más de dos mil personas que murieron calcinadas, enlutando a la mayor parte de las familias santiaguinas. En aquellos tiempos no había otro servicio, para afrontar tales eventos, que el cuerpo de Aguadores de la Municipalidad y la brigada cívica del Batallón de Zapadores, que fueron totalmente ineficaces para evitar la catástrofe.

Pocos días después del incendio apareció en la prensa un aviso firmado por don Luis Claro y Cruz, invitando a la formación, en Santiago, de un Cuerpo de Bomberos Voluntarios. Unos doscientos jóvenes acudieron a este llamado y con ellos se fundaron cuatro compañías.

La calle de la Compañía siguió prosperando. En el N° 126 vivió el Presidente de Chile, don Manuel Bulnes; en el N° 30 tuvo sus oficinas la Comandancia de Armas que sirvió el general Luis de la Cruz y Goyeneche hasta poco antes de su muerte; en el N° 81 vivió el general de brigada don Enrique Campino; en el N° 12 vivió hasta su muerte en 1838, don Agustín Vial Santelices, jurisconsulto y patriota destacado; en el N° 85, don Francisco Ramón Vicuña, Presidente de la República en 1829; en el N° 123, don Joaquín Rodríguez Zorrilla, profesor de la Universidad de San Felipe y Ministro de la Corte Suprema; y en la esquina con Morandé, el Marqués de Montepío y sus nietos los Larraín Aguirre, núcleo patriota que el Virrey Abascal bautizara con el nombre de “familia de los ochocientos”; por el gran número de sus miembros.

La Orden religiosa de la Compañía de Jesús ha dejado, para recuerdo permanente de su noble trayectoria de servicio a la comunidad, el nombre con que el pueblo conoce a esta calle céntrica de nuestra capital.